

Nace y vive en Córdoba; su primera incursión en la literatura fue hace dos años en la segunda edición de este mismo Certamen, en el que consiguió un accésit. Es trabajadora de la Biblioteca Universitaria.

Rafaela Bueno Martín

(Córdoba, España)

Octavo Accésit del IV Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

LA COLECCIONISTA

A Clara

Es tan viejo como la misma literatura el utilizar lo que has vivido como material para la ficción

Elvira Lindo

Era todo tan acuoso y gris aquel día, que no supo distinguir si en los ojos de ella, tras los cristales del coche húmedos por la lluvia, había alguna lágrima.

Meses antes de aquel acuoso y gris día: "... Así, la neuroinformación tiene como uno de sus objetivos mejorar el funcionamiento del cerebro al procesar información, que no es como lo hace un computador, y realizarlo en sus diferentes niveles (molecular, neuronal, fenomenológico y psicológico). Se trata de aplicar conocimientos neurocientíficos a las Ciencias de la Información y la Documentación y, dado que las



personas acceden al conocimiento por asociaciones, se hace necesario diseñar interfaces que accedan al conocimiento de la misma forma, como enlaces de un hipertexto, que unan un elemento del conocimiento con el siguiente...”

Rafael dejó la publicación y apagó la luz. Había rechazado la televisión; sólo había contratado luz y despertador. No era la claustrofobia uno de sus problemas, por eso se había decidido, cuando tuvo la necesidad de ir a Japón y, teniendo en cuenta el ajuste presupuestario, por uno de estos hoteles-cápsula. Documentarse era para él como el aire. Ya fuera para la adquisición de un nuevo aparato de vídeo, de contratar una línea telefónica, o en este caso de viajar, sentía la necesidad de conocer todo aquello que le fuera útil o simplemente placentero al respecto. Debido a la investigación previa realizada, Rafael sabía, aparte de otros datos de interés, que el primer hotel de este tipo de grandes dimensiones, lo había diseñado —inaugurado en 1979 en Osaka— el arquitecto Kurokawa.

En sus cerca de tres metros cúbicos durmió tan cómodamente como si se tratase de esas camas de uno ochenta, tan útiles para circunstancias de desavenencias con tu pareja. No tenía ningún problema a la hora de dormir y, aunque el día viniese acompañado de preocupaciones de todo tipo, seguía sucediendo que la lectura tenía para él una especie de efecto adormidera; daba lo mismo que fuese ficción o texto científico, y eso incluso en este periplo que no era, precisamente, de su gusto.

Con la excusa de asistir a un Congreso en Tokio de Bibliotecarios, Documentalistas y Neuroinformación, Rafael había pasado unos días en la ciudad investigando... Tenía una amiga en la embajada de Japón en

España y le había facilitado ciertos contactos que le permitirían, con toda la prudencia y discreción acercarse a la verdad.

Casi siempre ocurre a muchos que tendemos a justificar lo que hacemos; otros sin embargo, aquellos que tienen empatía, la capacidad de ponerte en el lugar de otro, reaccionan de forma diferente de manera que tienden a sentirse culpables, en la mayoría de las ocasiones, de lo que a otros sucede. Y así nos vamos relacionando, llegando a resultar en sus casos más extremos que, o siempre se sale airoso y convencido de la bondad de lo que hicimos —desde el propio punto de vista, claro—, o siempre hubo algo que se pudo hacer o no, y precisamente por eso, el asunto de que se tratase no resultó, o alguien salió herido o el mundo se hundió.

Hay algunas personas sin embargo, que poseen ese punto intermedio en que, con una envidiable capacidad de análisis de las diferentes situaciones que nos ofrece la vida, van dirimiendo el papel de cada uno en la encrucijada de las relaciones personales.

Rafael pertenecía a este último grupo.

A sus treinta y cinco años, y meses antes de aquel día acuoso y gris, seguía perdidamente enamorado de Helena, la que lo había guiado, los últimos años, a través de sus estudios de traducción y documentación para ir profundizando y perfeccionando sus conocimientos hasta el alto grado en que ahora los poseía.

Helena, de pelo castaño y ojos de gato, gustaba de avivar el tono claro en su ondulada cabellera, de suerte que la bien conservada belleza y la pálida tersura de sus cuarenta y siete, la convertían en un *high key* fotográfico viviente. Su ascendencia eslava ayudaba a esta apariencia.



Rafael —como siempre gustaba comentar a su madre—, parecía socado de una pintura de Julio Romero, apariencia castiza atenuada por su rasurado corte de pelo, que siempre prefería llevar. Era realmente guapo.

Manténían una relación académica y profesional, profesores ambos en aquella Universidad. Pero su relación era mucho más y, casi siempre provocadas por Rafael, en no pocas ocasiones surgían temas al respecto de la situación económica y político-social de aquel momento que a tantos otros momentos difíciles y de dramático desenlace recordaba. En tales ocasiones, que ahora habían visto aumentada su frecuencia —las situaciones duras siempre avivan la reflexión—, ella siempre le escuchaba con interés en su actitud, pero a la vez con una resignada indolencia que había ido forjando su espíritu ante la falta de fe en la condición humana.

Rafael, como estrategia y para no deteriorar la hermosa relación que mantenían, nunca dejaba entrever sus profundos sentimientos, era muy hábil en el arte del disimulo; de esta manera le gustaba observarla cuando ella no lo apreciaba o al menos eso parecía. En aquella estancia de su departamento pasaban muchas horas de su vida compartiendo... El puesto de trabajo de ella miraba a los árboles del campus. Él, apoyado en su mesa situada detrás de ella, dejó de mirar su bonito y dorado recogido de bailarina y avanzó hacia la ventana.

—¿Sabes Helena? Cada vez recuerdo con más intensidad aquel poema de Brecht de que cuando vengan a por ti no quedará nadie que pueda defenderte —comentó un día, muy anterior a su viaje a Japón, mirando a través de los cristales con vaho del despacho. Aún era muy temprano y su respiración los había vuelto turbios.

—¿Por qué lo dices ahora?

—No sé, me está apeteciendo fumar...

Ella no contestó, pero esto no le desanimó en absoluto, y se zambulló en una ardorosa diatriba contra esa *negrura colectiva* que avanza, contra esa pobreza que va inundando los espíritus, contra ese vacío moral que se va inflando a costa de lanzarnos como lobos sobre la presa del momento.

—Helena, entre otros, ahora nos toca a los que fumamos y, sinceramente, pienso que tiene tan poco que ver con la salud ese integrismo que se expande como mancha de petróleo en el océano... Cada vez las experiencias alemana y yugoeslava las siento más cerca.

—¡Por Dios, Rafael, no seas tremendista!

Ella ya estaba acostumbrada a sus razonamientos, a su penetración psicológica y a su finura para analizar las actuaciones de los demás, así que, tras esta escueta respuesta, se limitó a sonreírle y continuar con su tarea.

Ya habían mantenido muchas conversaciones y, aunque le gustaba escucharle y conversar con él sobre asuntos puramente humanos, ahora no iba a continuar el diálogo; prefería finalizar un tema que tenía pendiente de colocar en la plataforma a disposición de sus alumnos, nada más y nada menos que cerca de ochocientas páginas sobre la búsqueda de información. A Helena le gustaba lo que hacía; y eso los alumnos lo notaban y lo agradecían. Era muy atractiva; ella lo percibía, Rafael lo sabía y sus alumnos contaban los minutos que faltaban para que apareciera balanceando su cuerpo esculpido por años de ballet clásico.

Sus conversaciones eran placenteras y tranquilas, y coincidían casi siempre en el recorrido que hacían, en las argumentaciones sobre el



tema de que se tratase, pero de igual manera también casi siempre se distanciaban en un punto, el desenlace. El desenlace, definido con simpleza, consistía en la esperanza de él o la desesperanza de ella para modificar las cosas.

Compartían el mismo despacho. Cuando coincidieron, recién llegados de sendas universidades, él al abrigo de la nueva Ley que acababa de aprobarse para este nivel de la educación, *la educación superior* —a no pocos se llenaba la boca, que no el alma—, ella como profesora titular, desde el primer día reconocieron las austeras, si cabe precarias condiciones que había en aquel departamento, y asintieron a compartir el espacio, aquel despacho de unos quince metros cuadrados para sus respectivos trabajos, desde preparación de clases hasta la más prosaica tarea de cumplimentar multitud de formularios para toda clase de actuaciones. De qué manera había crecido la burocracia universitaria.

Era una titulación recién implantada en aquella Universidad y, ya se sabe, los espacios son los espacios, y la lucha más o menos digna por el espacio puede llegar a convertirse en determinados ámbitos en lucha por el poder.

Ninguno de los dos era de esos que se empeñan en ampliar sus metros de posesión en la capacidad espacial, quizá creyendo que así aumentan su capacidad intelectual.

Y en esa Universidad se encontraron; Rafael, por acercarse a su ciudad natal; Helena, porque en su afán lector, era aquél un lugar que poseía ese poder evocador de todo lo que a ella apetecía en aquel

momento; sin duda, era la ciudad en que, por ahora, quería pasar los días de su existencia.

Rafael además de profesor era sindicalista, y la confianza en que todo puede cambiarse impregnaba sus actos.

—Absolutely not— había respondido ella tajante ante la invitación de Rafael.

Con no poca frecuencia solían expresarse con preguntas o respuestas cortas en algunas de las lenguas que conocían. Y así había contestado Helena con no poca guasa, cuando él le propuso firmar en la lista de su sindicato para unas elecciones a órganos de representación.

Aquel día fue directo al grano porque ya habían mantenido alguna que otra conversación sobre asuntos de determinadas filiaciones y de sobra sabía su parecer, pero había que intentarlo directamente y sin sutilezas. A Rafael le ilusionaba tenerla al lado en su particular pugna por el bien. Un día hacía ya meses, en casa de ella, le había dicho:

—Helena, ¿no ves que esto de posicionarse es necesario? Cuando lo único que busquemos sea libertad, puede que al final no encontremos sino esclavitud.

—Todos no son como tú, Rafael.

—No, *todos* no son como *otros*.

—Lo que he querido decir es que, si todos los que están contigo me transmitieran semejantes sensaciones, posiblemente estaría en lo mismo que tú... Sinceramente, Rafael, no puedo soportar estar al lado de nada ni nadie con lo que no pueda identificarme totalmente, y eso no sucede ahora.



—Igual no lo entiendes, Helena, pero afiliarse para mí es producto de una reflexión, de que yo no estoy por encima de los demás, estoy al lado, es simplemente un acto de humildad...

Y así continuaban de charla, enlazando unos con otros temas con gran satisfacción para ambos.

A casa de Helena había ido dos veces, suficientes para retener en su fotográfica memoria gran cantidad de los enseres y objetos del abigarrado y desahogado salón-comedor. Guardaba ella una celosa intimidad de su vida y de sus cosas, y su fría apariencia relacionada en parte con el apellido de su padre, Invanov, favorecía ese aislamiento que ella se afanaba en mantener. Cuando por segunda vez entró en casa de Helena se debió igualmente que la primera, a un tema profesional y en este caso, además, de cortesía. Salían a un acto en la Biblioteca Nacional, ella estaba a medio preparar porque el despertador había fallado, y cuando él llamó abajo, no pudo hacer otra cosa que ofrecerle subir mientras terminaba.

—La cafetera está en la mesa, Rafael, desde anoche. Puedes calentarte uno, y también puedes fumarte uno, si quieres, ya sabes que no me importa en absoluto. Termina en diez minutos.

Con el segundo sorbo de café, encendió el cigarro y perezosamente tumbado en el rancio sofá tuvo considerable tiempo para admirar cada una de las piezas de paredes y muebles. Sin duda Helena era una coleccionista infatigable.

Había llegado a Minsk sirviéndose de la visita al país que anualmente realizaban sus amistades de una asociación de acogida. Bielorrusia, Belarús, como se decía en la lengua rusa del Estado, no era un lugar en que se pudiera entrar ni fácil ni cómodamente. De todo eso estaba

enterado por sus amigos, que anualmente recibían niños dentro de un programa de acogida temporal en verano que aminorase, en la medida de lo posible, los efectos de Chernóbil —lana en ruso, que no aguda—.

Por ellos se había informado de la dificultad de tramitar la documentación para entrar en el país, y de los numerosos obstáculos que, incluso poseyendo todo en regla, podía encontrar al llegar al aeropuerto. Así que aprovechó la ocasión e incluso se incorporó a la asociación, de forma que no hubiera el más mínimo contratiempo, y con ellos llegó una gélida tarde de febrero a tierras bielorrusas.

Fue directo a dar parte a la policía de sus futuros movimientos, como era preceptivo. Sus conocimientos de ruso, su carnet de la Universidad y el de la asociación, le aligeraron livianamente la estancia y la cumplimentación de papeles en la Comisaría, sólo livianamente; le llevó más de dos horas en la misma dejar todo en regla para su salida hacia Vitebsk.

Éste era el segundo recorrido que iniciaba a la búsqueda de una justificación, a la búsqueda de la verdad. Fue directamente al museo de Marc Chagall en la ciudad natal del pintor. Un mes después de su regreso de Japón ya estaba embarcado de nuevo indagando; la red no era suficiente para él, ya tenía bastante con los profundos ojos de aquella muchacha que había visto en una lista de una página web ligada siniestramente a obras robadas, siniestramente ligada a la pequeña tela que vio tras un velero sobre el aparador de Helena mientras exhalaba el humo de un cigarrillo. Tenía que ir al punto de origen, como había hecho con los papeles entelados en seda de Japón.

Pero no había duda...



Cuando volvió de su segundo viaje, embarcado en el tema por una casualidad de la vida que puso ciertas palabras en boca de un compañero maledicente e ignorante, ya tenía una certeza. Ella lo había apreciado en sus últimas semanas compartiendo despacho; él, por su parte, no había podido hacer otra cosa que investigar...

Por eso, la tarde ya anochecida de un frío enero, cuando la policía entró en el campus para detenerla, Helena simplemente le besó en los labios antes de subir al coche policial, y Rafael fue incapaz de atravesar su mirada y llegar a su corazón, llovía... y los cristales húmedos desaparecieron con Helena en su interior.